

manchegos carecemos de conciencia nacionalista o autonómica. Nuestra comunidad no se ha creado a petición popular, sino por agravio comparativo con otras zonas que la han exigido. Una vez que existe Castilla-La Mancha toca luchar para no quedarnos atrás. Hay que jugar una vez que hemos entrado en el juego, a ver si así va desapareciendo la automarginación, la cortedad, etc. La culpa de esas históricas discriminaciones no está sólo en las autoridades, que tienen un porcentaje muy amplio, también en nuestra forma de ser. De ahí lo de las banderillas de fuego, para reaccionar. Hemos tenido un aletargamiento secular, por diversas y prolijas circunstancias sociológicas, económicas, etc. Es hora de acabar con él, de olvidar el conformismo, el samuguismo y resignación. Y el tema de la televisión regional es un reflejo más de lo anterior. Tengo una anécdota al respecto: en la última campaña electoral del PSOE rodé un spot en las Lagunas del Ruidera, aquel de las ventanitas que se abrían, y mis compañeros, cámaras, técnicos, etc., se quedaron maravillados ante la belleza del paisaje. Muchos comentaban que si en su región tuvieran eso le darían una enorme publicidad por todos los medios, como hacen con otras cosas inferiores a las nuestras, y serían famosísimas. Ese es el camino y el reto.

—Parece que «casualmente» desde que ocupa el actual puesto las realidades de la región salen con mayor frecuencia en televisión, al menos con Albacete. Insisto en que es casualidad, ¿o no?

—Mi cargo es de servicio a toda España, no puedo caer en provincialismos. Digamos que esa es mi labor oficial. Pero, naturalmente, ocurre como con el Centro de televisión que comentábamos al principio, yo sugiero, aconsejo, opino y, claro, desde el puesto que tengo es lógico que mis consejos no caigan en saco roto. Creo que se me entiende. De momento he conseguido que en RTVE haya trato de igualdad para Castilla-La Mancha respecto a otras autonomías. No es poco, pero si hay que aconsejar más...

«SIGO QUERIENDO UNA TELEVISION CONFLICTIVA»

No sé si será porque Ramón está harto de tocar el tema televisivo, pero no aguanta más en el sillón—tal vez la inercia de la poltrona— y se levanta. Esconde su mano izquierda en cualquier bolsillo de su traje gris, poniendo el brazo en jarras, mientras gesticula con la derecha, seguro que echando de menos sus anhelados puros que la precripción médica—la hipertensión se le descubrió en Moscú en febrero pasado, lo que ha dado lugar a algunos chistes populares— le ha prohibido. Desde su pisada, paradójicamente suave, y con su habla lenta, de voz profunda, y como repleta del poso de la cultura, dicta su peripatética y aristotélica lección que se sabe de carrerilla. Eso sí, cada vez piensa más la respuesta y se ríe continuamente tras escuchar las preguntas. No son carcajadas sonoras sino una risa alargada, como de media len-



gua. Y eso que llevamos una hora de charla con este aficionado a la lectura —«mayormente la poesía, con veneración por Machado y los poetas de la escuela anglosajona, y las novelas de Cervantes, Tolstoy y Stendhal»— y, ¿cómo no?, al cine, con fuertes influencias de la revista francesa «Cahiers du Cinema», en la que tanto ha escrito —«aquí me es muy fácil elegir a mis tres directores favoritos: Renoir, Rossellini y el maestro absoluto, Hitchcock»—, al que gustan los toreros clásicos y que se confiesa un desastre en temas de deporte de competición.

Ramón sigue recorriendo y midiendo el suelo de su casa con cortos pasos. Le acompañan sus ademanes suaves, marcados por el sello de la sensibilidad. Y ya va haciendo pequeñas sentadas en el sillón para descansar. Lo que no le impide seguir en un tono nada reposado ni diplomático al pasar a los problemas de cada día.

—Usted declaró al poco de tomar cargo que quería una televisión conflictiva, en el sentido de atender a la realidad social, reflejar los conflictos de cada día, no por sus escándalos y corrupciones internas. Parece que lo ha conseguido, pero por estos últimos temas: los escándalos y corrupciones internas en TVE son actualidad permanente, ¿rectifica?

—En absoluto, sigo queriendo una televisión conflictiva en el sentido que



afirmé. Lo que sucede es que desde fuera hay demasiada hostilidad, demasiados intereses contrarios que confluyen en el asunto. Creo que hoy TVE es bastante reflejo de esa realidad social, se conecta con la gente y tenemos programas impensables hace dos años. Situaciones conflictivas se dan en todas partes y no ocurre esta crispación con que se tratan.

—¿No me diga que es normal que ya dentro del Consejo de Administración de RTVE dos consejeros socialistas hablen de esa corrupción y voten con la oposición? O esa carta firmada por muchos jefes de la Casa, entre ellos usted, protestando por las opiniones de esos dos consejeros de su mismo partido.

—La respuesta, la famosa carta, fue colectiva, unánime y sin fisuras. Y en el Consejo de Administración continúa habiendo mayoría en el posicionamiento a nuestro favor. Por otra parte, me parece muy bien que si esos dos consejeros socialistas piensan en la corrupción lo manifiesten. Lo que el tiempo demostrará es si llevan o no razón, porque además deben aportar pruebas. Y, por último, eso demuestra la libertad y democracia interna en el PSOE y en el propio Consejo.

—Vamos a finalizar analizando a la par el pasado y el futuro. ¿Qué porcentaje de los cambios que prometió al principio se han llevado a cabo y cuantos quedan para después?

—Es difícil dar cifras. Estoy en el ecuador de mi gestión y, aunque hubo que echar el freno en algunos temas al no llegar la ayuda estatal—conviene no olvidar que la gestión socialista ha conseguido que TVE viva de sus propios ingresos, sin costar un duro a los Presupuestos del Estado—, como digo, aunque hubo que frenar algunas cosas, y valía la pena, las metas ahí están y acabarán cumpliéndose al finalizar el mandato. Respecto a mi área de programación en sí, las novedades, aparte de las que ya se han visto, vendrán en el otoño de 1985. ■

Emilio MARTINEZ
Fotos: Elisa G.ª